

Buenos ejemplos




Carta
II

Querida hija... Querido hijo...

En mi carta anterior te hablé de la integridad y de lo necesario que es poseer esa virtud en alto grado. En esta quiero referirme a algunos personajes que con toda justicia podrían ser presentados como ejemplos de integridad. Comprenderás que no podría citar a todos los que lo merecerían. Para que quepa en esta carta todo lo que deseo decirte, me ceñiré únicamente a dos de los personajes que se destacan en la Sagrada Escritura.

Acabo de mencionar que las personas que voy a citarte pueden ser consideradas como ejemplos de integridad. Pero no quiero que esto te dé una falsa idea acerca de lo que quiero decir. Cuando hablo de ejemplos, aunque estos procedan de la Sagrada Escritura, no significa de ninguna manera que sean personajes intachables y perfectos. No, todos ellos tienen sus luces y sus sombras, sus cumbres y sus abismos. Pero la Sagrada Escritura los presenta exactamente como fueron para que sepamos que si ellos, a pesar de su humanidad, alcanzaron un nivel de vida envidiable, también nosotros podemos alcanzarlo. Aproximarse a esas vidas para contemplarlas de cerca es como abrir frente a nosotros un amplio ventanal que nos presente un panorama de contrastes extraordinarios en el cual pueda admirarse la sempiterna presencia de Dios y su poder incomparable.



los años que pasó en el desierto: cuarenta en total, que tampoco fueron los menos intensos de su vida.

En Egipto todo había sido ficticio y aparente, todo había sido excitación y falso esplendor, mientras que los años del desierto fueron hondamente sentidos y aprovechados por Moisés. Después de esos cuarenta años la obra del gran patriarca fue la del hombre maduro que sabe lo que quiere por lo que ha experimentado y por lo que ha sentido. Los años pasados en el desierto fueron los más profundos de la vida del patriarca, porque cultivó el campo de su alma día tras día y año tras año hasta arrancar de allí todo lo inútil, todo lo aparente, todo lo ficticio. Fue Dios quien, día tras día y año tras año, sembró en el corazón y en el carácter de Moisés las virtudes que adornaron al gran patriarca hasta el mismo momento de su muerte.

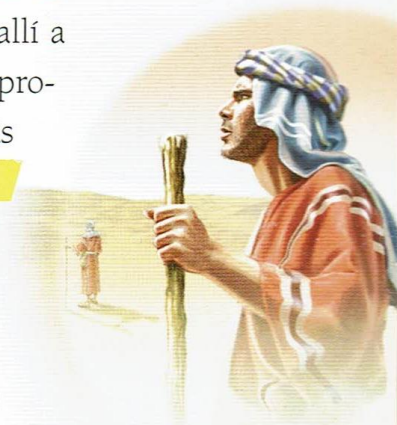
Luego, ya lo sabes, cuando llegó el tiempo de que el pueblo hebreo saliera de la esclavitud, Dios llamó a Moisés para que volviera a Egipto. Este se resistió en un principio, hasta que, por fin, obedeció al gran “Yo soy”.

Trata de verlo ahora frente a Faraón, cuando en nombre de Dios reclama la libertad del pueblo escogido. El rey, que ya no era el que Moisés había conocido muchos años atrás, se resiste a los designios del Todo-

estaba acostumbrado a la vida del campo. Él, que solo había conocido las comodidades y el refinamiento de la corte, supo del estío abrasador del desierto, supo lo que eran el viento helado y la nieve. Conoció todas las inclemencias de la vida natural. De nada le sirvió allí su falsa ciencia.

Pero las ovejas que cuidaba le enseñaron tolerancia, paciencia y comprensión de las debilidades ajenas. Las ovejas enseñaron a Moisés a ser el gran pastor de Israel. La inmensa serenidad del desierto fue penetrando poco a poco en su alma, ensanchándose y dándole la grandeza que requeriría su obra futura. Moisés aprendió allí a reconocer a Dios en todo lo que lo rodeaba y su alma alcanzó proporciones extraordinarias porque no hay maestro que enseñe más que las obras de la naturaleza. Allí, en aquel desierto inmenso, Moisés aprendió a ser nadie, aprendió a esperar y a darle a Dios el primer lugar en todo.

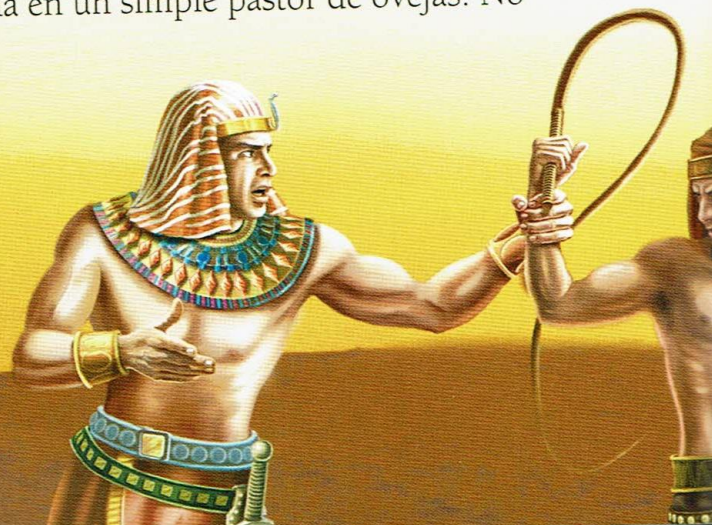
¡Cuán extraordinaria es esta etapa de la vida del gran patriarca! Toda su alma, vacía ya de la falsa ciencia egipcia, se llenó de Dios. Vio al Creador en todo lo que lo rodeaba, en la flor que trataba de no hollar con su pie, en el arroyo al cual llevaba sus ovejas para abreviarlas, en la lluvia que hacía crecer los pastos del que se alimentaban sus rebaños, en el viento, que unas veces era apacible y suave como una caricia y otras tan violento que desgajaba y arrancaba de raíz árboles que parecían estar allí para perpetuarse por toda la eternidad. Moisés aprendió a ver a Dios en el parpadear de las estrellas que contemplaba en las noches de estío en que permanecía con sus ovejas en la inmensa y tibia soledad del desierto de Madián. Dios, solo Dios, primero Dios, siempre Dios. Ya sabes que no fueron pocos



Protegido por un ideal tan brillante, abroquelado detrás de una visión tan esplendorosa, ¿podría uno de sus triunfos o la suma de todos ellos despertar la vanidad en Moisés y hacerlo presa de un fútil y vacío orgullo? No. Moisés estaba por encima de todo eso. Su peligro era de otra naturaleza.

Más de una vez al ver a sus hermanos de raza sufrir bajo el yugo de sus opresores, tuvo que hacer grandes esfuerzos para contenerse y no cometer una imprudencia. Le era difícil tolerar aquel castigo tan injusto y tan cruel. Un día ocurrió, por fin, lo que tanto había temido. Airado ante la brutalidad con que era tratado uno de los hebreos, perdió el dominio propio. Trató de librarlo del castigo y en eso, sin que él lo quisiera, se vio arrastrado a una lucha con un egipcio, al que dio muerte. Tan solo había tratado de evitar una injusticia. Mirado superficialmente, esto podría parecer un acto digno de elogio; pero en este caso particular no lo era. La prueba de lo que te digo la proporciona el hecho de que antes de intervenir para ayudar a su hermano de raza, Moisés miró a su alrededor para estar seguro de que nadie vería su acción y de que nadie lo reconocería. No supo esperar. Cayó en la equivocación de no confiar en Dios. La hora de la libertad aún no había llegado para su pueblo y él se había anticipado a los acontecimientos. Eso trajo a Moisés resultados trascendentales. Se vio obligado a huir, y se alejó rumbo al desierto.

¡Pobre Moisés! ¡Cuánto sufrió al principio en aquella vasta soledad! De príncipe heredero del trono más poderoso de la tierra, se vio convertido de la noche a la mañana en un simple pastor de ovejas. No



personalidad. Su inteligencia despejada, sus maneras desenvueltas, su rápida comprensión de todos los asuntos, su fineza, su carácter noble, fueron el mejor pasaporte para derribar las barreras del corazón del viejo Faraón, y ganar su cariño. En cuanto a su madre adoptiva, de más está decir que veía solo por los ojos de su hijo.

A medida que crecía, el joven Moisés iba nutriendo su mente con todos los conocimientos que en aquel entonces podían adquirirse y que, dicho sea de paso, no eran pocos. Conoció las artes y las ciencias, conoció las leyes humanas —las de Dios ya las conocía— y como el rey había determinado que Moisés habría de sucederle en el trono, el joven hubo de conocer a fondo la religión egipcia, puesto que Faraón, en su carácter de tal, era a la vez miembro del sacerdocio. Moisés reconocía cada una de las conquistas que iba realizando, pero estas no eran para él un fin, sino un medio.

Su madre lo había enseñado a amar a Dios, le había inculcado los principios de la eterna e inmutable ley del Supremo Hacedor, y cada nuevo triunfo que agregaba a la larga lista de los que llevaba conseguidos, era para él un nuevo jalón en el camino que se había propuesto recorrer. Lo empujaba la idea de llegar a ser, Dios mediante, el instrumento para liberar a su pueblo de la esclavitud. Todas las angustias de aquel pueblo ultrajado repercutían en su carne hebrea y su corazón latía de esperanza y de dolor viendo cómo sufrían sus hermanos de raza. Sin duda, soñaba con el día cuando fuera tan poderoso que nadie podría impedirle libertar a su pueblo. Reivindicaría entonces los derechos y los privilegios de su raza, la de su madre y su padre. Para alcanzar este resultado quería ser grande y poderoso.



como su propio hermano. Por fin, el anciano Jacob con toda su familia se estableció en Egipto cerca de aquel hijo de su corazón a quien nunca había olvidado.

Sé que conoces la historia de José, la has oído muchas veces y la has leído ya mayor. Pero confío en que recordártela en estas líneas tendrá para ti un significado más claro, más definido y más profundo. Confío, hija mía... hijo mío, en que el ejemplo de José siempre será para ti un motivo de inspiración.

Pasemos ahora a Moisés. Este pareció nacer bajo el signo de la muerte. Sus padres eran esclavos; todos los hebreos lo eran en Egipto en aquel entonces. Temiendo un excesivo crecimiento del pueblo hebreo, Faraón decretó que se diera muerte a todo varón que naciera entre ellos. Pero ya sabes de qué manera Jocabed, madre del niño, indudablemente inspirada por Dios, salvó la vida de su hijo valiéndose como instrumento nada menos que de la propia hija de Faraón, quien finalmente lo reconoció como hijo adoptivo. La princesa, mujer al fin, sintió compasión y ternura por la criatura a la cual había salvado de la muerte. La hija de Faraón, sin saberlo, puso al niño en manos de la madre de este para que lo criara hasta que, según se cree, cumpliera doce años, época en que debía pasar al palacio real. Doce años no son mucho tiempo, pero bastan para que una madre abnegada ponga en su hijo la semilla del bien y del cristianismo que nada ni nadie podrá desarraigar después. Jocabed, madre de Moisés, es la mejor evidencia de esta verdad.

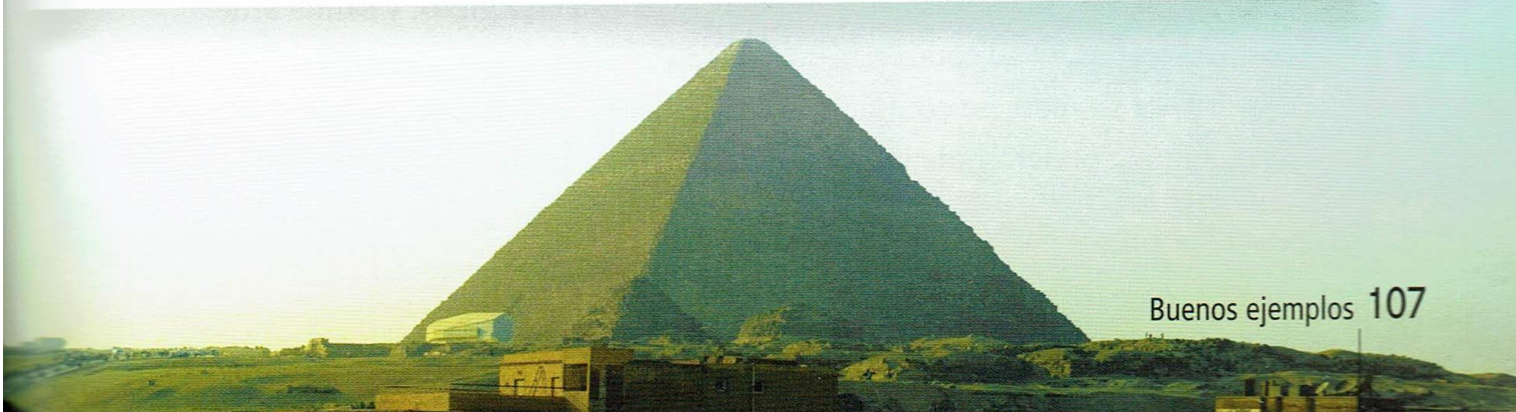
Cuando Moisés cumplió doce años ya conocía su verdadera historia. Sabía de quién era hijo. Sabía que provenía de esa raza que a la sazón era esclava y sufría en Egipto, y sentía arder en su corazón la fiebre de la obra que aspiraba a realizar. Así, con ese complejo extraordinario, llegó al palacio del rey más poderoso de la tierra. Allí encantó a todos con la gracia de su




la inocencia, sino también la confianza en los seres humanos y en Dios, fueron para José algo así como un **acicate**. Recordó la vida y los consejos de sus padres a quienes tanto amaba y sintió que había llegado el momento de poner en práctica las enseñanzas que había recibido de ellos. Resolvió ser **fiel e inquebrantable** frente a toda circunstancia, y no ceder jamás ante tentación alguna.


Llegó, por fin, a Egipto, donde fue vendido como esclavo a **Potifar**, capitán de la guardia de **Faraón**. En aquella casa pasó por una desagradable experiencia provocada por la **impúdica** esposa de Potifar, que no logró inducir al joven esclavo a traicionar los principios de la vida recta que se había impuesto, **principios que emanaban de su conocimiento de la ley divina**. Despechada, aquella mala mujer acusó a José de intentar precisamente el delito al cual no había logrado **inducirlo**. Más adelante aquel joven fue a dar a la cárcel. Pero tampoco esto **quebrantó su integridad**. Allí se convirtió en algo así como un ángel bueno para los demás. Por fin, su fidelidad a Dios produjo fruto y salió de la cárcel contando con la gracia de Faraón y con la sabiduría del cielo. Progresó hasta el punto de llegar a ser el segundo en importancia en Egipto, después de Faraón. En la práctica el primero, pues era él quien realmente gobernaba ese gran país.

Un día que José no olvidaría jamás, vio venir a sus propios hermanos quienes, empujados por el hambre, llegaban a Egipto a comprar alimentos para ellos y para sus padres. Tras algunos incidentes **apasionantes** que tú conoces bien, José se reveló a ellos





Hablemos primeramente de José. Sí, de José a secas. No hace falta agregarle nada a ese nombre, porque cuando pensamos en el Antiguo Testamento, el nombre de José no necesita ningún otro agregado para que identifiquemos a aquel joven excepcional, que a la edad de diecisiete años comenzó la extraordinaria aventura de su vida. Ingenuo y confiado, fue un día en busca de sus hermanos que apacentaban los rebaños que constituían parte de la riqueza familiar. Pero aquellos hermanos, perversos y mal aconsejados por los celos, se arrojaron sobre él y tras una tentativa de quitarle la vida, lo vendieron a unos mercaderes ismaelitas que iban rumbo a Egipto. Convertido en una cosa, puesto que carecía de toda libertad y habían hecho de él algo comprable y vendible, José, mientras con sus implacables amos se alejaba al paso lento de los camellos, pudo ver a lo lejos la casa patriarcal, los árboles familiares, los lugares donde había transcurrido su infancia.



Comprenderás, hijo mío, que es imposible tratar de describir el dolor, la angustia, la desesperación, la suprema soledad que debió experimentar José. Trata, sin embargo, de imaginarla. Ubícate mentalmente en su lugar. Suponte odiado por aquellos a quienes tú amaste con sincera ingenuidad. Suponte arrancado cruel y súbitamente del lado de tus padres a quienes amas tiernamente. Suponte convertido en esclavo para quien solo hay azotes y órdenes groseras. Suponte llevado por amos sin alma a algún lugar remoto que no conoces y al cual tienes la certidumbre de que no volverás nunca. ¿Ves cómo ahora dentro de ti cobra vida la vida de José? Pero, y aquí está lo extraordinario, todas estas circunstancias que habrían hecho flaquear a muchos y les habrían quitado no solo

poderoso y es el gran patriarca quien le habla y lo **conmina** repetidas veces en nombre de Dios. Finalmente, sale a la cabeza de su pueblo, mientras los egipcios sufren las consecuencias de su propia **terquedad**, liderados por un faraón que despreció a Dios.

Contempla a Moisés frente al mar Rojo, **obstáculo aparentemente insalvable** para el pueblo. A los lados estaban las montañas y detrás el **implacable** enemigo que lo perseguía. Hija mía... hijo mío, cierra los ojos por un instante y tu imaginación te ayudará a ver a Moisés majestuoso, soberbio, inspirado, que se acerca al mar y extendiendo su mano derecha que empuña la vara, lo **conjura** en el nombre de Dios a que se divida para que los hijos de Israel pasen por en medio de él. Y el milagro se hizo. La fe triunfó. Se salvó el pueblo y una vez más **sucumbieron** la persecución y el absolutismo.

Observa después a Moisés ascendiendo lentamente las laderas del **Monte Sinaí**. Allí lo había citado Dios. Abajo, el pueblo contemplaba **reverente** cómo, a medida que subía, su caudillo iba perdiéndose en la nube que circundaba el monte. Allí habló Moisés cara a cara con Dios y recibió las tablas de la ley eterna e inmutable, **reflejo del carácter divino**, que el gran legislador transmitió a la humanidad. Esas leyes que recibía de manos del Creador eran las que habían modelado su vida, las que le habían dado los principios y la integridad que regían todos sus actos. **¿No te parece que hay en la vida de Moisés mucho de inspirador y digno de imitación?**

No olvides los ejemplos de José y de Moisés. **Cuanto más los contemples, más hermosos te parecerán. Aprende a triunfar de la manera en que ellos triunfaron.**

